

llegó una galera guiada por un valenciano tan ligero como su vestido. Él iba, venia á todos lados, retozaba con los demas, blandía su vara, ceñía y desceñía su faja, aguijaba las mulas, contestaba á las preguntas del resguardo, y pregonaba de paso las esteras que conducia en su carro. Deseoso yo de que le escuchara mi pariente, trabé conversacion con él, suponiendo curiosidad por conocer los proyectos que le traían á Madrid, y muy luego supimos por su misma boca que pensaba vender sus esteras en un portal durante el invierno; emplear su producto en loza, que venderia por las calles en la primavera; fijarse mientras el verano en una rinconada para vender horchata, y trasladarse despues á una plazuela para regir durante el otoño un puesto de melones; tales eran los proyectos de este Proteo mercantil.

Poco despues llegaron unos cuantos, que por sus anguarinas, grandes sombreros y alforjas al hombro, calificamos pronto de extremeños, que conducian las picantes producciones que tan buen olor, color y sabor prestan á la cotidiana olla española. De estos supimos que eran todos parientes y de un mismo pueblo (Candelario), y no pudo menos de chocarnos la semejanza de las facciones de tres de ellos que parecian uno mismo aunque en distintas edades: eran padre, hijo y nieto, y traían á éste por primera vez á la capital, por lo cual no cesaban de darle consejos sobre el modo de presentarse en las casas, encarecer las ventajas

del género, y demas, concluyendo con una disertacion choricera capaz de escitar al mas inapetente.

Aun no se habia acabado, cuando nos hallamos envueltos por una invasion de jumentillos alegres y vivarachos que se entraron por la puerta con una franqueza sin igual; traían cada uno dos pellejos, y diciendo que sus conductores eran manchegos, no hay que añadir que los pellejos eran de vino. Los mozos echaron pie á tierra, y dejaron ver sus robustas formas, su aire marcial, expresivas facciones, color encendido, ojos penetrantes; traían todos tremendas patillas, su pañuelo en la cabeza y encima la graciosa monterilla; las varas á la espalda y átravesadas en el cinto: empezaron luego á contar sus pellejos, mas por desgracia nunca iban de acuerdo con el guarda, pues si éste decia 20, ellos sacaban 19, y volviendo á contar solo resultaban 17; por último, se fijaron en 18, pagaron su cuota y echaron á correr.

Otro carromato. — ¿ De dónde? — De Murcia y Cartagena. — ¿ Carga? — Naranjas y granadas. — Al menos es cosa de sustancia. — Ahora van ustedes á probar que la tienen.

— “ Á un lao, zeñorez, exclamó mi primo levantándose, á un laito por amor de Dioz, que viene aqui la gente.” Y decíalo por una sarta de machos engalanados que entraban por la puerta con sendos ginetes encima. — “ Á la paz de Dioz, caballeroz,” saludó con voz aguardentosa un viejo que al parecer hacía de amo de los demas. — To-

que ezoz sinco, paizano, dijo mi primo sin poderse contener: ¿de qué parte del paraizo? — De Jaen, replicó con un ronquido el viejo. — Buena tierra zinó eztuviera tan serca de Castilla. — Maz serca eztá del sielo. — Como que tiene la cara de Dios. — Y como que zi; pero dejando ezto, no me dirá zu mersé (dirigiéndose á mí) de dónde han traído ezta puerta, porque ó me engañan miz vizualéz, ó no eztaba añoz atraz quando yo eztuve en ezte lugar. — Asi es la verdad, le contesté, porque ha-ce pocos años que se sustituyó este monumento á las mezquinas tapias que antes daban entrada por esta parte á la capital. — Ahora (repuso el escribano) la entrada parese mezquina al lado de la puerta.

Aqui llegábamos en nuestra conversacion, cuando se nos dió por sanos y salvos, con lo que pudimos emprender la subida de la calle, alternando nuestras observaciones con las del viejo andaluz. Entre los primeros objetos que la fijaron, fueron la recua de manchegos que habiamos visto en la puerta, los cuales salian de una posada inmediata para repartir los cueros por las tabernas. Mi primo me hizo observar que llevaban veinte pellejos, y acordándonos de los diez y ocho pagados en la puerta, nos persuadimos de que habrian tratado de imitar el milagro de las bodas de Caná.

Divertíamos asi nuestro camino, contemplando la multitud de tiendas y comercios que prestan á aquella calle el aspecto de una eterna feria; tantas tonelerías, caldererías, zapaterías y cofrerías; tan-

tos barberos, tantas posadas, y sobre todo tantas tabernas. Esta última circunstancia hizo observar á mi primo que la aficion al vino debe ser comun á todas las provincias. Yo solo le contesté que son ochocientas diez y seis las tabernas que hay en Madrid. Engolfados en nuestra conversacion tropezábamos, cuándo con un corco de mugeres co-siendo al sol, cuándo con un par de mozos dur-miendo á la sombra; muchachos que corren, as-turianos que retozan, carreteros que descargan á las puertas de las posadas, filas de mulas ensarta-das una en otra y cargadas de paja que impiden la travesía; aqui una disputa de castañeras; allá una prision de rateros; por este lado un relevo de guardia, por el otro un entierro solemne... *Favor á la justicia.* -- *Agur, camaraa.* -- *Requiem eter-nam.* -- *Pué ya... ; el demonio del usía!* -- *Caba-llero, una calesa.* -- *Vaya usted con Dios, prenda.* -- *Chas... á un lado, la diligencia de Carabanchel.* -- *Aceituna bué...* -- *Señores, por el amor de Dios.* -- *Riá... tomá... só... ó... o... generala, coronela.* -- *Perdone usted, caballero.* -- *No hay de qué...*

Con estas y otras mil voces, la continúa con-fusion y demas, mi primo se atolondró de modo que le perdí de vista y tardé largo rato en vol-verle á encontrar. Por fin pude hallarle, que es-taba parado delante de la fuente nueva. -- ¿Qué haces hay parado? le pregunté con algun ceño. -- Qué he de haser, hombre, estoy recordando todo el Bufon á ver zi zaco en limpio qué animalejo ez

eze que eotá ahí ensima. -- Majadero, ¿no cono-
ces que es el Leon...? -- Como no lo dice el letre-
ro... -- Vamos, vamos.

"Parador de Cádiz." -- "Aqui se sacan mue-
las á gusto de los parroquianos." -- "Se gisa de
comer por un tanto diario todos los dias." -- "Me-
moría-lista, se echan cuentas en todas lenguas." --
"Aqui se venden hábitos para difuntos comple-
tos." -- "Zapatos para hombres rusos hechos en Ma-
drid." -- "Aqui se venden sombreros para niños de
paja." -- ¿Qué demonios estás diciendo? -- Leo
laz mueztraz, contestó mi primo. -- Vaya déjate de
tonteras, y repara que pisas el recinto fatal en que
los condenados al último suplicio... -- Pazito, pri-
mo, que tengo buen humor, y no eotá nada lindo
ezo de que me enzeñez la horca antez que el lugar.

Tremendos cartelones. -- Teatro del Príncipe. -- *El castillo de Staonins Coylz ó los siete Crí-
menes.* -- Cruz. -- *Los asesinos elegantes.* -- Sar-
ten. -- *Horror y desesperacion*, drama melo-mimo-
lóbrego. -- Oyez, primo, ¿y ze entretienen loz ze-
ñorez Madrileñoz con eotá lindesaz? -- Qué quie-
res, ¡el gusto del siglo...! -- Pue hemoz llegao á
un ziglo divertio.

Soberbia perspectiva hasé eza igelesia. -- Co-
mo que es la principal de la Corte y dedicada á su
santo patrono. -- Póngaze en primer lugar en mi
libro para vizitarla mañana.

Á este punto y hora llegáhamos, cuando vimos
á lo lejos una calesa con la cubierta echada atras

y sentadas en ella dos manolas, con aquel aire natural que las caracteriza. Ni Tito ni Augusto al volver triunfantes á la capital del orbe pasaron mas orgullosos bajo los arcos que les eran dedicados que nuestras dos heroínas por el de la Plaza Mayor. Guardapieses amarillos y encarnados, ricas mantillas de sarga y terciopelo sobre los hombros, pañuelos de color de rosa, cesto de trenzas en las cabezas, y coloreadas las mejillas por el vapor del vino; tal era el atavío con que venian casi echándose fuera de la calesa, y pelando unas naranjas con un desenfado singular. Aquí de la turbacion de mi primo; parado delante de la calesa no reparaba su peligro, hasta que una de las manolas, -- *Oiga, señor vision* (le dijo), *déjenos el paso franco.* -- ¿Adónde van laz reínaz? -- *A perderle de vista.* -- Si nesesitazen un hombre al eztribo... -- ¿*Y son asi los hombres en su tierra? Jesus, ¡qué miedo!* -- Y qué, ¿no me han de dar un poco de naranja? -- *Tome el rocín venido.* -- Y le dirigieron á las narices una cáscara de vara y media; con lo cual, y aguijando el caballo, desaparecieron en medio de la risa general. Yo hube de contener la mia por no irritar á mi primo, á quien no me pareció habia gustado el lance; pero me propuse echarle despues un buen sermon. Entre tanto seguimos nuestro camino sin hablar palabra hasta casa, recapitulando ambos lo que habiamos visto y oido; él para aprovecharse de ello, y yo para contarlo aqui.

La Comedia Casera.

«¿ On sera ridicule et je n'oserai rire?»

Boileau.

Los hombres nos reimos siempre de lo pasado; el niño jugueteo se burla del tierno rapaz sujeto en la cuna; el jóven ardiente y apasionado recuerda con risa los juegos de su niñez; el hombre formal mira con piedad los ardores de la juventud, y el viejo, mas prócsimo ya al estado infantil, sonrie desdeñosamente á los juegos bulliciosos, á los tiernos ardores, y al amor de los honores y riquezas que á él le ocuparan en las distintas estaciones de su vida. A su vez las demas edades rien de los viejos... con que queda justificado el dicho de que *la mitad del mundo se rie siempre de la otra mitad.*

— ¿Y á qué viene una introduccion tan pomposa, que al oirla nadie dudaria que iba usted á improvisar una disertacion filosófica á la manera de Demócrito?— Tal le decia yo á mi vecino, *don Plácido Cascabelillo*, cierta mañana entre nueve y diez, mientras colocábamos pausadamente en el estómago sendos bollos de los PP. de Jesus, hondamente reblandecidos con un rico chocolate de Torrova.

;

-- Dígolo, me contestó el vecino con una sonrisa (y aquí se precipitó á alcanzar con los labios una casi deshecha sopa que desde la mano, por un efecto de su gravedad queria volver á la jícara), dígolo por la escena que acabo de tener con mi sobrino. -- ¿Y se puede saber cuál es la escena?-- Oígala usted.

Este jóven, á quien usted conoce por sus finos modales, nobles sentimientos, y por la fogosidad propia de sus 22 años, tiene al teatro una aficion que me da que temer algunas veces, aunque por otro lado no dejo de admirar su extraordinaria habilidad; así que, siempre que le sorprendo en su cuarto representando solo, y despues de haberle escuchado un rato con admiracion, no dejo de entrar con muy mal gesto á distraerle y aun regañarle.

Dias pasados me manifestó que una reunion de amigos habian determinado ejecutar en este Carnaval una comedia casera, y al principio me opuse á su entrada en ella; pero acordándome luego que yo habia hecho lo mismo á su edad, hube de ceder, convencido de las cualidades que adornaban á todos los de la reunion, de la inocencia del objeto, y de la inutilidad de resistir á los esfuerzos de mi sobrino. La sociedad recibió con entusiasmo mi condescendencia, y queriendo dar una prueba plena de su agradecimiento, resolvió *nemine discrepante* (ríase usted un poco, amigo mio), nombrarme su presidente.

—Aquí prorumpimos ambos en una carcajada, y echando un pequeño sorbo para dejar el jicaron á la mitad, continuamos nuestros bollos, y prosiguió.

—Ya usted conoce que hubiera sido descortesía corresponder con una negativa á tan solemne honor. Muy lejos de ello, oficié á la junta dándola las gracias por su distincion, y admitiendo el sillón presidencial. Aquella misma noche se citó para la toma de posesion, y la verifiqué en medio de la alegría de ambos lados, cubiertos de socios *actores*, socios *contribuyentes*, y socios *agregados*.

El que hacia de secretario de la junta me leyó un reglamento en que se disponia la division en comisiones. Comision *de buscar casa*, comision *de decoraciones*, comision *de candilejas*, comision *de copiar papeles*, comision *de trages*, y comision *de permiso para la representacion*. De ésta quedé yo encargado, y presidente *nato* de las demas.

El contarle á usted, amigo mio, las profundas discusiones, los acalorados debates, las distintas proposiciones, indicaciones, adiciones y resoluciones que han ido eslabonándose en las posteriores juntas, sería nunca acabar. Baste, pues, decirle, que encontramos en la calle de... una casa con sala bastante capaz (despues de tirar tres tabiques y construirlos mas apartados), de un aspecto bastante decente (despues de blanqueada y pintada), y con los enseres necesarios (que se alquilaron y colocaron donde convino). Asi que,

resuelto este problema y el del permiso favorablemente, los demas fueron ya de mas facil resolucion, ó quedaron subordinados á la importante discusion, acerca de la eleccion de pieza que se habia de representar.

Diez y siete se tuvieron presentes. Oígalas usted (dijo esto sacando un papelejo de su escritorio). El *Otelo*, las *Minas de Polonia*, *Pelayo*, la *Pata de Cabra*, la *Cabeza de Bronce*, el *Viejo y la Niña*, el *Rico-hombre de Alcalá*, el *Español y la Francesa*, el *Jugador de los treinta años*, el *Médico á palos*, el *Tasso*, el *Delincuente honrado*, *A Madrid me vuelvo*, *García del Castañar*, la *Misantropía*, *Sancho Ortiz de las Roelas*, y el *Café*. Ya usted ve que en nuestra junta no preside exclusivamente el género clásico ni el romántico.

Las dificultades que á todas se ofrecian eran importantes. En una habia tres decoraciones, y los bastidores no se habian pintado mas que por dos lados, por la sencilla razon de que no tenian mas; tal necesitaba dos viejas, y ninguna de la comparsa, aun las de 58 años, se creían adecuadas para semejantes papeles; cuál llamaba á una niña de 18 años, y una de 40, rotundamente embarazada, se empeñaba en ejecutar aquel papel. En una salia un rey, y el designado para este papel era bajo; en otra tenia el gracioso demasiado papel y poca memoria; todos querian ser primeros galanes, los que se avenian á los segundos apenas sabian hablar; se cuidaba por los ma-

ridos que el oficial N. no hiciera de galan enamorado; los amantes no consentian que sus queridas salieran de criadas; los galanes y las damas (porque á esta junta fueron admitidas), los barbas, las partes de por medio, y las personas *que no hallan*, todos hablaban alli por los codos y á la vez, de modo que yo, presidente, vi varias veces desconocida mi autoridad. Por último, despues de largo rato pudo restablecerse el orden, y á instancias de mi sobrino se resolvió y adoptó generalmente la comedia de *El Rico-hombre de Alcalá*, no sin grandes protestas y malignas demostraciones de un jóven andaluz, á quien para desagraviarle se encargó el papel del rey don Pedro.

Terminado asi este importante punto, pasamos á vencer otras dificultades, como tablado, decoraciones, orquesta, bancos, mozos de servicio, arreglo de entradas, salidas, billetes, señas, contraseñas, y demas del caso; y no tengo necesidad de decir á usted que en estos veinte y cinco dias se han renovado veinte y cinco veces en nuestra sala de juntas las escenas del campo de Agramante.

Por último, la suscripcion se realizó, el arreglo de todo tambien; los actores y actrices aprendieron sus papeles y se empezaron los ensayos. En ellos fue, amigo mio, cuando saqué yo el escote de mi diversion. Porque habia usted de ver alli las intriguillas, los chistes, los lances verdaderamente cómicos que sin cesar se sucedian. Quién formaba coalicion con el apunta-

dor para que apuntase á un desmemoriado en voz casi imperceptible; quién reñia con su querida porque en cierta escena habia permanecido dos minutos mas con su mano entre las del primer galan; cuál tomaba entre ojos á alguno porque le desairaba con sus grandes voces.

Despacio, señores. — Mas alto. — Conde, que le está á usted manchando esa vela. — Doña Antonia, que la llama á usted el rey don Pedro. — Esos brazos, que se meneen. — Usted sale por aqui y se vuelve por allá. — Doña Leonor, don Enrique, doña María, aqui mucho fuego. — Eso no vale nada.

Por este estilo puede usted figurarse lo demas; pero todo ello ha pasado entre la risa y la algazara, á no ser cierta competencia amorosa á que da lugar una de las actrices entre mi sobrino y el andaluz que hace de rey. Varias veces hemos tenido un choque, pero por fin salimos con bien de los ensayos; en su consecuencia se ha señalado esta noche para la primera representacion, y tengo el honor, como presidente, de ofrecer á usted un billete. Dimos en esto el último sorbo á nuestras jícaras, y echándonos encima el vaso de agua de ordenanza, estornudamos, sonámonos, tosimos, y empezamos á hablar de otra cosa.

Llegada la noche, y habiéndome incorporado con don Plácido, nos metimos en un simon, que á efecto de conducir al presidente y actores habia tomado la compañía, y llegamos en tres cuartos de hora á la casa de la comedia. El re-

fuerzo de un farol mas en el portal nos advirtió de la solemnidad, y subiendo á la sala la encontramos ya ocupada tan económicamente, que no podíamos pasar por entre las filas de bancos. Por fin, atravesamos la calle real que corria en medio de la sala, formando division en la concurrencia, y fuímonos á colocar en la primera fila. Por de pronto tuvimos que hacerlo de modo que al sentarnos no viniesen abajo los dos que se hallaban á las estremidades del banco, aunque el del lado de la pared no quedó agradecido al refuerzo.

Los *socios* corrian aqui y allá colocando á sus favoritas, haciendo que todo el mundo se quitase el sombrero, hablando con los músicos y con los acomodadores, entrando y saliendo del tablado, comunicando noticias de la procsimidad del espectáculo, y cuidando en fin de que todos estuviesen atentos. Los concurrentes por su parte cada cual se hallaba ocupado en reconocer los puestos circunvecinos, alargar el pescuezo por encima de un peine, enfilar la vista entre dos cabezas, limpiar el anteojo, sonreirse, corresponder con una inclinacion á un movimiento de abanico, y entablar en fin aquellos diálogos generales en tales ocasiones. Entre tanto los violines templaban, el bajo sonaba sus bordones, el apuntador sacaba su cabeza por el agujero, los músicos se colocaban en sus puestos, y con esto, y un pròlongado silbido, todo el mundo se sentó, menos el telon, que se levantó en aquel instante.

“¿No me escuchas?

¡Qué molesta

y que cansada muger!

Siempre que te viene á ver
debe de subir por cuesta.”

Ya pueden figurarse los lectores que así empezaron á representar; pero tres minutos antes que los dijeran ya repetia' yo estos versos solo de escucharlos al apuntador. Así fue repitiendo, y así nosotros escuchando, de suerte que oíamos la comedia *por partida doble*.

Los actores eran de una desigualdad chocante. Cuando el uno acababa de decir su parte con una asombrosa rapidez, entraba otro á contestarle con una calma singular; uno muy bajito era galán de una dama altísima, que me hacia temblar por las bambalinas cada vez que parecia en la escena; cuál entraba resbalándose de lado por los bastidores; cuál salía atropellando cuanto encontraba y estremeciendo el tablado; solo en una cosa se parecian todos, es á saber: los galanes en el manejo de los guantes, y las damas en el inevitable pañuelo de la mano.

En fin, así seguimos aplaudiendo constantemente durante el primer acto todos los finales de las relaciones, que regularmente solian ir acompañados de una gran pisada, pero subió á su colmo nuestro entusiasmo durante la escena entre el *Rico-hombre* y el *buen Aguilera*. Tengo di-

cho me parece que el sobrino del presidente, que hacia el *Rico-hombre*, estaba picado de zelos con el que hacia de rey, asi que cargaron á maravilla los desprecios y la arrogancia, con lo cual lució mas aquella escena.

El entreacto no ofreció cosa particular, á no ser una ocurrencia de que me hubiera reido á mi sabor si hubiera estado solo; y fue, que un oficial que sentaba detras de mí, dijo muy naturalmente á uno que estaba á su lado, que la dama era la única que lo echaba á perder. — *Se conoce que lo entiende usted muy poco, caballero, porque esa dama es mi hija.* — Entonces siento infinito haber creido que su hija de usted lo echa á perder. — *Diga usted que el galan no la ayuda.* — ¿Cómo que no la ayuda mi sobrino? gritó una voz aguda de cierta vieja de siglo y medio, que estaba á mi derecha. — *Señores, saltamos todos, no hay que incomodarse ni tomarlo por donde quema, todos se ayudan recíprocamente, y la comedia la sacan que no hay mas que ver.* — Mientras este bullicio una preciosa jóven que estaba á la izquierda permanecia indiferente, y en medio de las voces estrepitosas solo escuchaba algunas palabras que cierto quidam la dirigia á media voz. Por fin volvió á sonar el silbato: giramos todos sobre nuestros pies, y quedamos sentados unos de frente y otros de perfil, segun la mayor ó menor estension del terreno.

Todo el mundo esperaba la escena de la hu-

millacion de don Tello á la presencia del rey, menos mi vecino el presidente. En fin, llegó aquella escena, y don Pedro, vengándose de lo sufrido por el buen Aguilera, trató al Rico-hombre con una altivez sin igual: por último, al decir los dos versos

“á cuenta de este castigo
tomad estas cabezadas,”

se revistió tan bien de su papel y de un sublime entusiasmo, que aunque los bastidores no eran muy dobles, no hubieron de parecer muy sencillos al sobrino, segun el gesto que presentó. Los aplausos de un lado, las risas generales por otro, y mas que todo, el aire triunfal de don Pedro, enfurecieron al sobrino don Tello, en términos que desapareciendo de su imaginacion toda idea de ficcion escénica, arremetió con don Pedro á bofetones; éste, viéndose bruscamente atacado, quiso tirar de su espada, pero por desgracia no tenia hoja y no pudo salir. Los músicos alborotados saltaron al tablado, el apuntador desapareció con su cobacha, la ronda se metió entre los combatientes, y la consternacion se hizo general. Entre tanto doña Leonor, la Elena de esta nueva Troya, cayó desmayada en el suelo con un estrépito formidable, mientras don Enrique de Trastámara corria por un vaso de agua y vinagre. Todo eran voces, confusion y desorden, y nadie se tenia por dichoso sino lograba derribar una can-

dileja ó mudar una decoracion. El tablado entanto, sobrecargado con cincuenta ó sesenta personas, sufría con pena tan inaudita comparsa, y mientras se pedían y daban las satisfacciones se inclinó por la izquierda, y desplomándose con un estruendo horroroso, bajaron rodando todos los interlocutores, y se encontraron nivelados con la concurrencia. Ésta, que por su parte ya había tomado su determinacion, ganó por asalto la puerta y la escalera, adonde hallé al presidente haciendo vanos esfuerzos para evitar la retirada, y asegurando que *todo se habia acabado ya*; y así era la verdad, porque aquí se acabó todo.



Las Visitas De Dias.

«On s'embrasse on s'etuffe à force de tendresse,
et tout bas on medit de celui qu'on caresse.»

Picard.

Entre las varias modificaciones que con el tiempo ha recibido la antiquísima y loable costumbre de felicitar á los amigos el dia de su nacimiento, una es la de trasladarse al del santo de su nombre; y desde entonces fue mas importante el calendario, asi como resultaron mas clásicos que los demas algunos dias del año. Cuando se aproximan v. gr. el 1.º de Enero, el 19 de Marzo, el 24 de Junio, el 16 de Julio, el 8 de Setiembre, el 8 de Diciembre, ¡qué movimiento, qué vida en los talleres de sastres y modistas! ¡qué actividad en las fondas y confiterías, qué cálculos entre los proveedores de comestibles! Amanece el dia feliz, y desde muy de mañana los mercados presentan el mas lisonjero aspecto; triples órdenes de cochinitos, salmones, perdices y demas familia que sustentan los tres elementos para ponerlos á disposicion del cuarto; ¡qué dia para los mayordomos! Ni la bolsa de Londres ofrece mas ani-

macion, mas combinaciones que las que presenta á primera hora de tales dias la plazuela de San Miguel. Los compradores de las fondas y casas grandes dan el precio de los víveres y los hacen pasar á sus oficiales; siguen su movimiento los criados asturianos y demas especuladores subalternos, y las criadas vizcainas y alcarreñas acuden despues á espigar el resto; todos se retiran cargados, y en menos de dos horas desaparecen de aquel recinto algunos quintales de peso. Empieza despues el movimiento rápido de barberos que aquel dia tienen que asistir á todos sus parroquianos á la misma hora; luego los peluqueros de antaño y los de ogaño; los sastres de allende y de aquende y las modistas se cruzan con los mozos de las confiterías, que sostienen en sus manos sendas fuentes con castillos de dulce, templetes, navíos, estatúas y obeliscos...

Hay varios modos de dar los dias; el mejor sin duda es el que va acompañado de alguno de aquellos cachivaches; pero aqui no se trata del mejor; solo sí se quisiera trazar el mas elegante.

Las ocho, el "barbero;" las nueve, "el peluquero;" las diez, "el sastre..." el sastre no parece... maldito sastre... las once, ya está aqui, á ver, probemos... nada, no vale nada, llévesele usted, maestro...; las doce, "señor, la berlina de la calle del Baño..." vamos allá.

La primera hora está dedicada á aquellas visitas de amigos de confianza, adonde puede uno

ir *de mañanita* antes de la una. — “¿Adónde, señor?” — A la calle de Atocha, número 23, casa de don Sinforiano Calabaza. — El lacayo, repitiendo la orden al cochero, cerró de un golpe la portezuela y echamos á andar. A este punto y hora saqué yo mi cartera y empecé á recapitular... una, dos, seis, ocho, doce, diez y siete visitas... no es nada... En seguida me puse á contemplar las targetas hechas *exprofeso* para aquel día. Grandes habian sido mis cavilaciones para hacer estas targetas; la elegante variedad de la moda las hace mudar tan rápidamente de forma, que apenas hay medio de seguirla... luego, como yo no podia adornarlas con una corona ducal, ni con un capacete, ni con una cruz militar, como hacen otros, no sabia cómo disponerlas de modo que diesen golpe. Primero tuve tentaciones de hacerlas estampar en un pie cuadrado de cartulina, y el nombre cruzado en una de las puntas en letra muy menuda; pero me hice el cargo de que ya no era nuevo. Luego quise poner las letras al revés, pero eché de ver que las volverian y quedarían al derecho. Letras góticas, alemanas, tártaras, hebreas, chinas, sirias y egipcias, todas sufrieron mi inspeccion, hasta que por último me decidí, *para mayor claridad*, por unas griegas del siglo de Péricles, y las hice estampar en cartulinas octágonas y sobre un ramage oscuro; de manera que conseguí que no se entendiera lo que decían. Muy satisfecho de mi invencion, me fe-

licitaba de antemano por la sorpresa que iban á causar, y apartaba para las respectivas casas las doradas, las plateadas, las azules, las encarnadas, y las de tinta simpática.

En esto llegué á casa de mi amigo, y al ir á entrar me hicieron saber que él se habia marchado huyendo los cumplidos, pero "pase usted á la sala, que ahí estan las señoras..." Las señoras no estaban, y antes que se presentasen ya habia yo tenido un buen rato para mirar los cuadros, atusarme el pelo, remover el brasero y leer el diario. Apareció en fin la mamá á medio peinar, y por mitad vestida, cubriéndose con una gran capa y dándome excusas de no haber salido antes. Yo se las dí igualmente de no haber entrado despues; hasta que conociendo por su impaciencia la mala obra que estaba haciendo, tomé el partido de retirarme. Primera visita.

Llegué á la segunda casa antes de la una, y á tiempo que entre las personas de confianza estaban ensayando en una aria coreada que habia de cantar la niña á la noche. Mi aparicion en la sala turbó á la amable cantatriz, en términos que no hubo forma de hacerla seguir mientras yo estuviese allí; con que me marché. Segunda visita.

A la otra ya me lisonjeaba de encontrar mejor acogida y no caer tan de improviso y extemporáneo; pero salió un lacayo á decirme que las señoras *no recibian*, siendo asi que por las risas y el bullicio que yo oía en las piezas inmediatas

no pude menos de conocer *que habian recibido.*

Gracias á Dios á la otra me hallé ya con la sociedad mas en regla, y desde la antesala oí la animacion de la concurrencia. Entré en la sala; cortesías al frente, á derecha é izquierda. Callaron todos y callé yo; me miraron y les miré; se sentaron y me senté; por último, despues de un rato de indecision...—¿Usted ha visto qué tiempo, señor don Fulano? (saltó una vieja que ocupaba el flanco derecho del sofá.)—“Ya, ya está bueno;” y sobre esto nos apresuramos todos á dar nuestro parecer, amenizando cada cual la conversacion con sus observaciones particulares, hasta que al cabo de un cuarto de hora se agotó la materia, y cuando empezaba á decaer, entraron otras señoras. Pasados los cumplidos y besos de ordenanza,”—¿ha visto usted qué tiempo, mi señora doña María?”—dijo la mas vieja, y volvió á renovar la pasada disertacion; llegó ésta á su ordinaria frialdad, y ya iba habiendo pausas de diez minutos, cuando unas señoras se levantaron para marcharse; respondieron otras á esta señal, y luego otras y otros, y nos marchamos todos, despues de habernos convencido cordialmente de que *hacia mal tiempo.* Otra visita.

La siguiente era de una Pepita, bella como un ángel y elegante como la que mas. Hervía la sala en jóvenes elegantes, oficiales y paisanos. Pepita, vestida muy sencillamente, aparentaba no ser el objeto de la reunion, mientras su mamá, su

abuela, su tia y hermanitas, ofuscaban con sus ricos trages y elegantes peinados. Variado absolutamente el aspecto de estos, y habiendo sustituido toda la riqueza del orden corintio á la sencillez dórica, apenas pude reconocer al pronto á ninguna de las personas de la casa, á quien veía casi diariamente; reíanse de mis escesivos cumplimientos, y me hablaban con mucha franqueza agitando los abanicos, hasta que en fin ¡pobre de mí! acerté á distinguir las *inveteradas* facciones entre aquellos encajes y pedrerías... Allí la conversacion fue mas alegre, mas sustancial... se habló de la ópera, ¡oh qué cosas tan *virtuosamente diletantis* se dijeron por aquellos señores! ¡qué de reputaciones teatrales fueron á pique! ¡qué de otras subieron á las nubes...! Por último, convenimos todos en que *ahora no hay ópera*, con lo cual salimos tan satisfechos unos de otros.

Desde aqui me dejé caer en una casa á la antigua, cuyo amo, gefe de una oficina principal, dió punto á sus progresos en el año de 1806 en que subió á su destino, y desde entonces para él el siglo ha permanecido estacionario. En vano sus hijos y sus nietos le impelen á marchar en él; fijo en sus antiguos usos, solo les opone una desdenosa compasion. Entré en la sala, y me le encontré sentado en medio de su familia, con su vestido serio de rico paño, peluca nueva y pechera de encaje. Vino á abrazarme cuando me vió, y me presentó á los suyos con una franqueza y

amabilidad sin igual. Componíase la reunion de antiguos empleados, abogados y comerciantes, varias señoras respetables y algun otro jóven, hijo de estos ó meritorio de la oficina, que se ocupaban mas que ligeramente de la posteridad del señor don José, y á juzgar por las tiernas miradas de las nietecitas, me persuadí que acaso muy pronto le harian subir *legalmente* una casilla mas arriba en su árbol genealógico.

La conversacion era animada, alegre y vária, y distraido con ella se me pasó el tiempo, hasta que oyendo las dos, se levantó don José para rogar-me que me quedara á comer: neguéme absolutamente á ello, pero no pude escusarme al convite del refresco por la tarde, ni á una entrada de Jerez y bollo maimon que circuló entre los asistentes, y de la cual me se hizo doble participante. Alegre y satisfecho dejé esta amable reunion despues de desear muy *felices dias* al amo de la casa, *en compañía de señora y niñas*, repetir á éstas la misma cancion, dar la mano á todos los concurrentes, y retirarme, procurando olvidar las cortesías y las medias palabras.

De aqui datan las visitas de alto tono, las que despaché en un instante; en unas hacía desde mi berlina subir la targeta con la apostilla *en persona*. En otras me sentaba en una lista preparada por el portero; en otras entraba, hacía tres cortesías, me sentaba, me levantaba, hacía seis inclinaciones y me retiraba. En algunas terciaba un

momento en la conversacion general, que era siempre sobre los dos puntos consabidos, tiempo y ópera. Deseando darla pábulo tomaba en unas la defensiva de lo mismo que había atacado en la anterior, y á lo mejor me encontraba con que el lejano interlocutor con quien pasaba mi disputa era uno que en la visita última me sostuvo lo contrario. ¡Qué de contradicciones, qué de repeticiones, qué de invenciones oí á todos sobre lo mismo que habian dicho á mi vista! ¡Qué de críticas de las casas anteriores, qué glosas sobre los trages, los dichos, los hechos y los pensamientos! Estando en esto, solia entrar uno de los actores del cuadro en cuestion, y todos callaban; salía poco despues, y allí era ella... ¡qué complots...! ¡qué sátiras...! ¡qué mala fé...! ¡Cielos! ¿y es esta nuestra sociedad? ¿Es esta nuestra ilustracion, nuestra amabilidad, nuestros finos modales? ¿Será posible que la maledicencia y la envidia puedan asi encubrirse con la máscara de la elegancia y el buen tono? Las tiernas y sencillas jóvenes, ¿dónde aprendieron la picante ironía, el lenguaje ridículo y las ideas atrevidas? ¿Los finos caballeros no encuentran en su cabeza mas recursos que la mordacidad para sostener la conversacion? ¿En qué nos diferenciamos de esos pueblos de provincia, cuya pequeñez y monotonía hace en cierto modo disculpable la eterna crítica y la murmuracion...?

Conociendo en fin por las miradas, las sonrisas y

los secretitos al oído, que me había tocado la suerte de quedar en berlina, corrí á meterme en la mia, abandonando un campo donde el mas atrevido y el mas hablador es el que luce á costa del hombre prudente y moderado.

En este punto dieron las tres, y me trasladé á la última casa, adonde estaba convidado á comer. Llegué á ella cuando se iban reuniendo los convidados, lo cual no tardó en verificarse del todo. Íbame yo poniendo al corriente de los distintos caracteres que formaban la reunion, cuando anunciaron la sopa. Pasamos al comedor y... pero la comida ya pica en historia, y merece por sí capítulo aparte.



Las Costumbres de Madrid.

Dificile est propriè comunia dicere.

Horat.

« Este que llama el vulgo estilo llano
envuelve tantas fuerzas, que quien osa
tal vez acometerle, suda en vano. »

Lupercio de Argensola.

Grave y delicada carga es la de un escritor que se propone atacar en sus discursos los ridículos de la sociedad en que vive. Sino está dotado de un genio observador, de una imaginacion viva, de una sutil penetracion; sino reúne á estas dotes un gracejo natural, estilo facil, erudicion amena, y sobre todo un estudio continuo del mundo y del pais en que vive, en vano se esforzará á interesar á sus lectores; sus cuadros quedarán arrinconados cual aquellos retratos que, por muy estudiados que esten, no alcanzan la ventaja de parecerse al original.

El transcurso del tiempo y los notables sucesos que han mediado desde los últimos años del siglo anterior, han dado á las costumbres de los pueblos nuevas direcciones, derivadas de las grandes pasiones é intereses que pusieran en lucha las circunstancias. Asi que un francés actual, se parece muy poco á otro de la corte de Luis XV, y en

todas las naciones se observa la misma proporcion.

Los españoles, aunque mas afectos en general á los antiguos usos, no hemos podido menos de participar de esta metamórfosis general, que se hace sentir tanto mas en la corte por la facilidad de las comunicaciones y el trato con los extranjeros. Añádanse á estas causas las invasiones y ocupaciones por estos, la mayor frecuencia de los viajes exteriores, el conocimiento muy generalizado de la lengua y la literatura francesa, el entusiasmo por sus modas, y mas que todo la falta de una educacion sólidamente española, y se conocerá la necesidad de que nuestras costumbres hayan tomado un carácter galo-hispano, peculiar del siglo actual, y que no han trazado ni pudieron preveer los rígidos moralistas, ó los festivos críticos que describieron á España en los siglos anteriores. Es á la verdad muy cierto que en medio de esta confusion de ideas, y al través de tal estravagancia de usos, han quedado aun (principalmente en las provincias) muchos característicos de la nacion, si bien todos en general reciben paulatinamente cierta modificacion que tiende á desfigurarlos.

Los franceses, los ingleses, alemanes y demas extranjeros, han intentado describir moralmente la España, pero ó bien se han creado un pais ideal de romanticismo y quijotismo, ó bien desentendiéndose del transcurso del tiempo la han descrito no como es, sino como pudo ser en tiempo de los tres Felipes... Y es asi como en muchas

obras publicadas en el extranjero de algunos años á esta parte con los pomposos títulos de *La España*, *Madrid ó las costumbres Españolas*, *El Español*, *Viaje á España*, &c. &c., se ha presentado en unas á los jóvenes de Madrid enamorando con la guitarra; en otras á las mugeres asesinando por celos á sus amantes; á las señoritas bailando el bolero; al trabajador descansando *de no hacer nada*; así es como se ha hecho de un sereno un héroe de novela, de un salteador de caminos un Gil Blas, de una manola de Lavapies una amazona; de este modo se ha embellecido la plazuela de Afligidos, la venta del Espíritu-Santo, los barberos, el coche de colleras, y los romances de los ciegos, dándoles un aire á la Walter Scott, al mismo tiempo que se deprimen nuestros mas notables monumentos, las obras mas estimadas del arte; y así en fin los mas sagrados deberes, la religiosidad, el valor, la amistad, la franqueza, el amor constante, han sido puestos en ridículo y presentados como obstinacion, preocupaciones, necedad y pobreza de espíritu.

Pero ¿qué ha de suceder? Viene á España un extranjero (y principalmente uno de nuestros vecinos transpirenáticos), y durante los cuatro dias del camino de Bayona á Madrid no cesa de clamar con sus compañeros de diligencia contra los usos y costumbres de la nacion que aun no conoce; apéase en una fonda estrangera, donde se reune con otros compatriotas que se ocupan esclusi-

vamente de la alza ó baja de los fondos en París ó de las discusiones de las cámaras; visita á todos sus paisanos, atiende con ellos á sus especulaciones mercantiles, y sigue en un todo sus pátrios usos. Levántase por ejemplo al siguiente dia, y despues de desayunarse con cuarenta y ocho columnas de diarios llegados por la mala, se dirige por el mas corto camino á casa de *Mr. Monier* á tomar un baño; luego á almorzar *chez Mr. Geneys*; despues al salon de *Petibon*, y luego al almacén de los *Saboyanos* ó al obrador de madama *tal*; desde allí á la embajada, y saliendo á las tres; *peste de pais!* “no hay nadie en las calles.” Con lo cual se baja al Prado, donde no deja de hallar á aquella hora á algun ciego que baila los monos delante de los muchachos, otro que enseña el tutili-mondi al son del tambor, ó un calesin que va á los toros con dos manolas gallardamente escoltadas por un picador y un chulo. “Vamos á los toros...” gritos, silbidos, espresiones obscenas... *oh le vilain pais!* Embiste el toro, cae el picador, derriba á los chulos, estropea el caballo; saca su libro de memoria y anota: “*En la corrida de toros murieron siete hombres, y el público reía grandemente.*” Sale de allí y baja al Prado al anochecer; hay mucha gente, pero ya no se ve: “*Las jóvenes personas (anota) van al Prado tan tapadas que no se las ve.*” Súbese por la calle de la Reina, come en *Geneys*, donde el Champagne y el Bordeaux le entretienen tanto que llega al teatro cuando se ha empezado

el sainete: “*Las pequeñas piezas en España son pitoyables.*” No le parece tanto otra *pieza* que se distingue en la primer fila de la cazuela; espérala á su descenso, y viéndola cabalmente sin compañia se ofrece caballerescamente á hacérsela; acepta ella como era de esperar, y desde el momento le habla con la mayor marcialidad: “*Las mugeres en España son estremadamente amables,*” dice, sin meterse á averiguar mas respecto á su compañera. Luego va á una *soirée*, donde al instante todos empiezan bien ó mal á hablar en francés, y para diferenciar le invitan á jugar al *ecarté* ó á bailar la *galope*, con lo cual vase luego á su casa y emplea el resto de la noche en estender sus memorias sobre las costumbres españolas, y pintar los románticos amores de don Gomez con donna *Martilda*, ó donna *Paguita* con don *Fernandez*. Pasan asi quince dias, vuelve rápidamente á Bayona, y á poco tiempo: “*Tableau moral et politique de l’Espagne, par un Observateur;*” y pillando un trozo de Lesage, no duda en adoptar por epígrafe el: “*Suivez moi, je vous ferai connoitre Madrid.*” Y por cierto que el Madrid que ellos pintan no le conoceria Lesage ni el autor del Manual (1).

No pudiendo permanecer tranquilo espectador

(1) «Cuando os propongais pintar á los hombres, dice Moliere, preciso será que los copieis del natural para que se parezcan; porque nada habreis hecho si en vuestros cuadros no se reconoce á los hombres de vuestro siglo.»

(*La critique de l’Ecole des femmes.*)

de tanta falsedad, y deseando hacer conocer un género que en otros países han ennoblecido las elegantes plumas de los Adissons, los Jouys y otros, me propuse, aunque *siguiendo de lejos* aquellos modelos y *adorando sus huellas*, presentar al público español artículos que ofrezcan cuadros de costumbres propias de nuestra nacion, y mas particularmente de Madrid, que como corte y centro de ella es el foco en que se reunen las de las lejanas provincias. No dejo de conocer, que los respetables nombres que acabo de escribir, y las cualidades que senté al principio de este discurso, y que reconozco indispensables para llenar con perfeccion esta tarea, son otros tantos cargos contra mí, y que acriminan la presuncion de mi intento; pero por otro lado sea que nuestro gusto no esté tan refinado, ni ecsija tanta perfeccion como en aquellos países, sea que marche por un campo virgen, donde á poco esfuerzo pueden recogerse flores y matizar con ellas mis descoloridos cuadros, sea en fin fortuna mia, he conseguido hasta ahora que el público que ha reido con la *Comedia casera*, la *calle de Toledo*, el *Retrato* y las *Visitas*, se haya mostrado juez indulgente con quien le divierte á su costa.

Mi intento es merecer su benevolencia, sino por la brillantez de las imágenes, al menos por la verdad de ellas; sino por la ostentacion de una pedantesca ciencia, por el interes de una narracion sencilla; y finalmente, sino por el punzante

aguijón de la sátira, por el festivo lenguaje de la crítica. Las costumbres de lo que en el idioma moderno se llama *buena sociedad*, las de la medianía y las del comun del pueblo, tendrán alternativamente lugar en estos cuadros, donde ya figurará un drama lloron, ya un alegre sainete. Empero nadie podrá quejarse de ser el objeto directo de mis discursos, pues deben tener entendido que cuando pinto, no retrato.

Esto supuesto, y entre tanto que otros artículos preparo, saldrán á lucir sin formalidad ni cumplimiento, *las Casas de Huéspedes, los Cómicos en Cuaresma, la Empleomanía, el Día 31 del mes, el Patio del Correo, el Pleito, la Sala y la cocina, el Teatro, la Comida de campo, la Vuelta de París*, y otros muchos ya borrageados, ya *in pectore*; donde vayan encontrando su respectivo lugar todas las virtudes, todos los vicios, y todos los ridículos que forman en el día nuestra sociedad; donde los usos generales, los dichos familiares, caractericen el pueblo actual, llevando en su veracidad la fecha del escrito, y donde al mismo tiempo que se ataque al ridículo, se venga al carácter nacional de los desmedidos insultos de las extravagantes caricaturas en que le han presentado sus antagonistas. ¡Ojalá que guiado por una luz diáfana acierte á llenar mi propósito, y ojalá que el público al leer estos artículos diga con Terencio: "*Sic nunc sunt mores.*"—"*¡Tales son nuestras actuales costumbres!*"

Los Cómicos en Cuaresma.



«Y con todo esto, son necesarios en la República como lo son las florestas, las alamedas y las vistas de recreacion, y como lo son las cosas que honestamente recrean.»

Cervantes. Lic. Vidriera.

“Amigo mio: hallándome comprometido á quedarme en el presente año con el teatro de esta ciudad, y conociendo la aficion de usted á estas cosas, le ruego y espero de su amistad se sirva proporcionarnos una buena compañía, pues en esa, donde se hallan actualmente la mayor parte de los actores, será cosa facil, y mas para usted. No me estiendo á mas, porque usted comprende mi idea, y solo me limitaré á manifestarle que el tiempo urge, y que no da ya lugar para una negativa. A Dios, amigo mio.”

Tal, punto por coma, fue la epístola con que los dias pasados se me insinuó mi corresponsal de..., poniéndome con su contenido en uno de los apuros mayores en que me vi en la vida; porque si bien es cierta mi aficion al teatro, tambien lo es que nunca ha pasado mas allá de la orquesta, y que para mí sus interioridades son tan

desconocidas como las islas del polo. Pero en fin, despues de haber cavilado tres cuartos de hora con la carta en la mano, hirió mi imaginativa el feliz recuerdo de *don Pascual Bailon Corredera*, el hombre mas á propósito de este mundo para sacarme del empeño. Porque este don Pascual es un hombre de vara y tercia, que entra, sale y bulle por todas partes, y tan pronto se le halla en la antecámara de un ministro, como en los bastidores de un teatro; ya paseando en landó con una duquesa, ya sentado en una tienda de la calle de Postas; ora disponiendo una comida de campo, ora acompañando á un entierro: ó disputando en una librería, ó pidiendo para los pobres del barrio á la puerta de una iglesia.

Este era el hombre en fin que yo necesitaba, y sin perder momento corrí á avistarme con él: halléle componiendo su itinerario del dia (del que en gracia de la brevedad hago gracia á mis lectores); mas luego que le hube enterado de mi negocio varió de plan, aceptó mi encargo, y convenidos en un todo echamos á andar para desempeñarle. Don Pascual sin manifestarme adonde me conducia, me persuadió de que al momento encontraríamos gente conocida entre los venidos de las provincias, y que de un golpe nos pondrian en el *justo medio* de nuestra negociacion.—“Porque ya sabe usted, añadía, que durante la Cuaresma, en que se cierran todos los teatros, hasta el Domingo de Pascua, en que empieza el nue-

vo año cómico, bajan á Madrid los autores ó formadores de las compañías, los cómicos y acompañamiento, y realizados aqui los ajustes salen para los puntos respectivos. Para formar una compañía por lo regular el empresario, que suele ser un autor antiguo ó un individuo unido al teatro por lazos de consanguinidad, reúne las partes que le convienen, y sin mas adelanto que el preciso para gastos del viaje y algunos dias de asistencia á toda la compañía, cobra despues durante las funciones de todo el año el 25 por 100 ó mas del capital adelantado; y para hacer el reparto del producto de aquellas con proporcion, se figura á cada individuo lo que se llama *partido*; v. gr. A. primer galan entra con partido de 40 rs.; B. con 30; y C. con 20; siendo la entrada 225 rs. tocará al primero 100 rs. al segundo 75, y 50 al tercero, á razon de *dos partes y media*; pero como el producto en las provincias es corto, por muchas causas, apenas llegan á cobrar mas de *media parte* ó un *cuarteron* del partido; asi que no es de estrañar la miseria en que generalmente se ven los cómicos *de la legua*, y aun los de las primeras capitales de provincia. Solo en Madrid, Barcelona y alguna otra ciudad pueden subsistir con decoro y dársele tambien á la escena; las demas son compañías de *pipirijaña*, como ellos dicen.—“¿Y hacen ellos esa distincion?”—Esa y otras muchas, aunque ya con el transcurso del tiempo van olvidándose; pero si quiere usted en-

terarse por menor de ello, lea usted al famoso Agustin de Rojas, quien en su *Viaje entretenido* nos dejó una graciosísima esplicacion de las ocho maneras de comparsas y representantes, á saber; *Bululú, Ñaque, Gangarilla, Cambaleo, Garnacha, Bogiganga, Farándula y Compañía*. Léala usted, pues, que es rato divertido.—“Pero ahora no subsisten ya esas distinciones.”—Sin embargo, con poca diferencia la cosa en el fondo es la misma; no es esto decir que en el dia vayan forrados de carteles como el famoso Melchor Zapata del Gil Blas, pero tambien es la verdad que suelen andar sin forro de ninguna clase; y aun empeñado el año siguiente para comer el actual. En fin, ya llegamos al punto céntrico, y lo que en él vamos á ver suplirá mis esplicaciones.

Al decir esto hicimos alto en la embocadura de la calle ancha de Peligros, y enfilamos por medio la espaciosa puerta del parador de Zaragoza y Barcelona, que segun mi amigo es desde tiempo inmemorial el central depósito de toda gente de teatro advenediza; atravesamos el zaguan, subimos la escalera, y siguiendo lo largo de los corredores se nos ofreció á la vista una multitud de habitaciones todas abiertas, todas disponibles, y todas llenas de mugeres cantando, viejos que fumaban ó chiquillos alborotadores. Acercámonos á una de donde oimos salir grandes voces, y creimos asistir á una pendencia de provecho; mas toda ella se reducía á un cigarro que habia faltado